

CAPÍTULO XXIV. *De la diligencia que ponían los sacerdotes gentiles, así antiguos como modernos de esta Nueva España, en ofrecer los sacrificios a sus dioses*



PINIÓN VULGAR Y CELEBRADA de todos los antiguos gentiles fue que la observancia y buen servicio de el culto y religión de los dioses, y reverencia con que los sacrificios se ofrecían, era causa de que los reinos y repúblicas del mundo se conservasen y gozasen de prosperidad y otras cosas a éstas concernientes y necesarias, para su dilatada y larga conservación. Y por el contrario, sentían que el descuido y negligencia, que acerca destas cosas se tenía (mayormente los sacerdotes), era causa de su total ruina y de los desastres e infortunios que en las dichas repúblicas sucedían. Esto muestra Tulio,<sup>1</sup> con palabras de mucho encarecimiento; y lo mismo afirma Tito Livio,<sup>2</sup> en el fin del libro quinto, refiriendo la oración de Camilo, dictador, hecha en el senado, donde quiere probar, por las prosperidades y adversidades que Roma tuvo, que la diligencia o negligencia en la religión y culto divino fueron la causa del bien o mal que la república romana tuvo. Pero Valerio Máximo,<sup>3</sup> trata (como suele) cumplida y elegantemente esta materia, diciendo y mostrando cuán prósperos y dichosos fueron los romanos y otras gentes que fueron solícitos y cuidadosos en el servicio y culto dicho; y lo comprueba con muchísimos ejemplos en el capítulo segundo de *Neglecta religione*.

Siendo esto así, decimos destes gentiles indios ser tan solícitos, en este diabólico ministerio, que se puede afirmar, y tener por sin duda, haber excedido a casi todas las naciones del mundo; porque no sólo hacían sus sacrificios (así ordinarios como extraordinarios) con temor y reverencia de sus diabólicos dioses, sino que añadían suma diligencia y solicitud en la ejecución dellos, estando muy prestos y vigilantes en sus celebraciones sin que fuesen notados de ninguna negligencia o pereza, para cuyo buen expediente no sólo los sátrapas o sacerdotes aprendían bien las ceremonias necesarias y disponían las cosas pertenecientes a este idolátrico acto, sino que enseñaban a los mancebos y muchachos, diputados para este ministerio, el modo que habían de tener para coger y cortar las yerbas en los campos y las ramas del acxoyatl, sobre que hacían los sacrificios, y las puntas del maguey y la leña necesaria para el fuego perpetuo; porque en nada hubiese falta y en todo sobrase el buen despiciente y despacho y el demonio fuese mejor servido, a quien entendían ofender gravemente con cualquier descuido que en semejantes ocasiones cometiesen. Los que eran hallados negligentes y defectuosos en el ofrecer de los sacrificios, eran rigurosamente castigados; porque tenían aquella negligencia por mal agüero y pronóstico, con-

<sup>1</sup> Cicer. libr. 2. de Leg.

<sup>2</sup> Tit. Liv. Decad. 1. lib. 5.

<sup>3</sup> Valer. lib. 1. cap. 1.

trario a la mención que tenían, por la cual el sacrificio se hacía; demás de que muchas veces no eran menos que del demonio castigados, por particulares castigos que en ellos hacía. Este cuidado que ponían en sus sacrificios les hacía estar muy diestros en su oficio, y así daban la muerte a los sacrificados muy diligente y desenfadadamente, abriéndolos por los pechos con los pedernales que tenían para ello y sacándoles el corazón para arrojar a los pies del ídolo, al cual aquel sacrificio se ofrecía.

De los capellanes que había en los templos de la provincia de Tehuacan ya hemos visto la diligencia y cuidado que ponían para los sacrificios y conservación del fuego, de sus muchas vigiliass y velas, su continuo rezar y ofrecer las cosas, que llamaban divinas, a los ídolos y demonios, y cómo eran castigados, con penas inauditas, por las culpas que en el tiempo de su capellanía cometían, si por su desgracia pecaban. Y aunque no ponemos casos que en particular hubiesen sucedido, con que estos indios se manifestasen, podráse creer por otros de otras gentes idólatras, que con el mismo cuidado que ellos sirvieron al demonio; y aun si digo más no sé si me alargaré, por ser casi increíble el que pusieron en estimarle y servirle. Y es fuerza creer que los que ponían el bien o el mal de su ventura en los sacrificios que los sacerdotes y ministros de los templos hacían, que no disimularían culpa cometida por descuido o negligencia suya; porque dado caso que no fuese por la reverencia que al culto se debía, lo había de ser por el interés que en no ser el sacrificio bien obrado se perdía; y ésta era la razón porque era sumo el cuidado que los ministros ponían en sacrificar, y también la que ponían los mayores y preladoss en castigar cualquier culpa que en el sacrificio se cometiese, sin disimular ninguna, por pequeña que fuese; y pruébase porque en el mes sexto, que llamaban etzalqualiztli, en el cual hacían fiesta a los dioses de el agua, llamados tlaloques, llevaban los mexicanos a todos los ministros que habían cometido defectos, en el discurso de su servicio, a la laguna, y allí en el agua los castigaban rigurosamente; y tanto, que los dejaban por muertos, y venían sus padres y deudos y se los llevaban a sus casas a curar y dar vida si podían.

Cuenta Valerio Máximo,<sup>4</sup> en el lugar citado, que tres flamines sacerdotes fueron privados del oficio y sacerdocio porque pusieron, con poca curiosidad y diligencia, las asaduras de ciertos animales que sacrificaron en el altar de los dioses. Y de Sulpicio, sacerdote, dice que porque estando sacrificando dejó caer el apex de la cabeza (que era una cinta de lana con que se ceñía la tiara o mitra) fue privado del sacerdocio; y otros dos, porque estando ofreciendo sus sacrificios se pararon a oír el ruido que un muy pequeño ratón hacía al un lado del altar donde sacrificaban. Buen documento pudiera ser éste para todos aquellos que ofrecen al verdadero Dios sacrificio, así de oraciones, como del verdadero y más estimado, que es el del altar, en el cuerpo y sangre de Jesucristo, para la atención que deben tener; pues que el demonio, con hurtar a Dios esta gloria y siendo ladrón público, quiere y ha querido en sus ministros este sumo cuidado.

<sup>4</sup> Valer. lib. 1. cap. 1.

Y no es mucho (sino muy poco) que nosotros los cristianos guardemos esta reverencia a Dios, que por tantas vías y maneras nos tiene tan obligados, procurando que en las ofrendas que le hiciéremos no haya cosa indecente ni que estorbe a la atención y devoción del que ofrece y le hace este servicio; y confúndannos estos ejemplos gentílicos, por culpas tan leves comedidas contra un dios que no lo es por naturaleza, sino por estimación de el pueblo y engaño de los hombres, y sólo tiene de deidad la que finge, y Dios quiere que tenga por sus particulares y secretos juicios; y démosle, juntamente con los actos exteriores de el cuerpo, los interiores de el alma, para que enteramente sea hecho el sacrificio y Dios en él agrado.

CAPÍTULO XXV. *De las penitencias y ayunos que alguna vez hacía el sumo sacerdote y por qué causas*



EN ALGUNAS PARTES DE ESTAS INDIAS hacía el sumo sacerdote un solemnísimo ayuno, el cual le duraba espacio de nueve o diez meses y a las veces un año, y esto era lo más ordinario y general. Para este ayuno se salía de poblado a un monte, donde salía a ver el mayor número y concurso de sus ídolos o dioses, en el cual lugar le hacían una ramada o choza de ramas verdes, las cuales secas la volvían a renovar, porque siempre estuviesen verdes. El secreto de esto no he podido alcanzar, aunque es fácil de creer que le tenían debajo de ramas verdes para darle a entender que así como lo verde conserva el jugo y frescor, el tiempo que lo está, así él, en aquel tiempo de su ayuno, había de conservar el jugo de la devoción, renovando cada día el espíritu con mayor fervor y refrescando los actos penitenciales, como el que tan obligado estaba a ello y como persona de quien colgaban las esperanzas y necesidades de la república para con los dioses. Todo el tiempo que duraba este ayuno no comía cosa guisada ni cocida al fuego; pero su sustento ordinario eran granos de maíz, los cuales comían crudos y secos como estaban. Hacía tan áspera penitencia que era espanto verla. No conversaba con nadie, ni nadie le venía a ver, porque en soledad tratase con los dioses mejor la causa porque ayunaba. Todo el tiempo que duraba su ayuno y penitencia hacía muchos sacrificios de todas las cosas, así animadas como inanimadas (excepto hombres). Ponía delante de los ídolos copal, incienso y otros perfumes y derramaba cantidad de sangre de su cuerpo, el cual sacrificio estaba repartido por las horas del día y miembros de su cuerpo. Éste era el ayuno del sumo sacerdote y penitencia que hacía en aquella soledad y aspereza de vida que pasaba.

Las causas solían ser muy graves (porque tanto rigor no pide liviana causa); las ordinarias eran pedir favor a los dioses para saber regir y gobernar la república en lo espiritual, como tenía obligación, según el peso de la carga, y como tomando por aquella penitencia en sí, los pecados y cul-